

ESPIAS VISIBLES, SORPRESAS ESPERADAS Y TIROS SIN PUNTERIA. EL GOLPE DE GUARDIA DE 1870

Iván Molina Jiménez

Resumen

En este artículo se cuestiona la visión tradicional del golpe de Estado que llevó al poder al General Tomás Guardia el 27 de abril de 1870; a la vez, se explora el trasfondo social y político de ese movimiento armado, con el fin de esclarecer la dinámica de las relaciones de poder en la Costa Rica de esa época

Abstract

This article discusses the traditional vision of the Coup d'Etat directed by General Tomas Guardia in April 27, 1870. It also explores the social and political context in which this armed movement took place, in order to elucidate the dynamics of power relations in Costa Rica, during the period studied.

La toma del Cuartel de Artillería, el 27 de abril de 1870, es para Rafael Obregón Loría "...el más célebre de todos los golpes militares habidos en el país."¹ La descripción de los eventos, que se ofrece en *Hechos militares y políticos de Costa Rica*, está a la altura del elogio precedente y constituye la versión difundida de lo ocurrido. La confrontación de lo expuesto por el autor con parte de la evidencia que le sirvió de base es útil para valorar, a partir de un caso específico, cómo se construye la narrativa histórica, tarea en la que siempre hay espacio para la ficción y la escogencia.²

El profesor Obregón Loría no detalla las fuentes que utilizó para describir el golpe que elevó al poder a Tomás Guardia; sin embargo, es verosímil que los principales documentos que consultó fueran las "Memorias del señor Víctor Guardia Gutiérrez", recogidas por Roberto Brenes Mesén en 1902;³ y diversos artículos periodísticos de la época, en los cuales se describe lo ocurrido el 27 de abril de 1870. Entre las crónicas más extensas de los eventos, figura la que publicó el periódico *El Debate*, la cual varias semanas después se reprodujo en la *Gaceta de Nicaragua*.⁴

El contraste entre las fuentes y la exposición que aparece en *Hechos militares y políticos*, devela cómo Obregón elaboró su relato: los énfasis que puso, lo que decidió marginar, lo que integró y lo que dejó de lado. La contraposición es útil a la vez para prospectar lo que significaba e implicaba un cuartelazo en el San José de 1870: pese a

que usualmente se cita que Costa Rica sufrió diversas asonadas, conspiraciones y golpes en el siglo XIX, se conoce poco del asunto. Más allá de la descripción de los principales eventos y figuras, se extiende un territorio cuya exploración social urge.

Espionaje y clandestinidad

La versión de Obregón Loría empieza por destacar lo impopular que era el Gobierno de Jesús Jiménez, el interés de la oligarquía por derrocarlo y el encargo que con tal propósito se le formuló a Tomás Guardia. Este último

*"...escogió a los hombres que debían ayudarlo, y la víspera del día fijado para el golpe, se reunieron todos en la casa de campo de don Buenaventura Carazo, situada en el lado norte de la Sabana; allí pasaron la noche arreglando las armas y preparando unas carretas que iban a usar."*⁵

La descripción posterior de la toma del Cuartel de Artillería tiene el carácter de evento ineluctable: pese a que Obregón Loría señala que desde principios de 1870 se procuraba derrocar a Jiménez y que la oficialidad del ejército conocía que se preparaba un golpe, su relato minimiza la capacidad del Gobierno para enfrentar tal amenaza. Víctor y Tomás Guardia no incurrieron en tal error: a fines de marzo, hubo una primera tentativa insurreccional, y ambos hermanos viajaron de Guanacaste a Heredia,

*"...disfrazados, para eludir los espías en Bebedero y Puntarenas. De Esparta para acá caminábamos solo de noche. La víspera del día en que debía estallar el movimiento llegamos al Barrial, Hacienda de don Francisco Echeverría, donde nos esperaba don Juan Luis Quirós, enviado por nuestros correligionarios quienes nos mandaban a decir que nos devolviéramos, porque el Gobierno estaba en autos de la revolución y había desmantelado el cuartel de Artillería, para que al tomarlo nosotros nos encontráramos sin elementos de guerra y tomarnos prisioneros a todos."*⁶

El aborto del golpe dejó molestos a los Guardia, quienes se regresaron a Guanacaste; en el camino, acordaron que Tomás regresaría a San José a fraguar un nuevo plan, y que se comunicaría con Víctor cuando fuera oportuno. Esto ocurrió el 22 de abril, razón por la cual,

*"salí de la finca acompañado del posta y de mi criado Joaquín Rayo, pretextando que iba a la Cordillera a buscar unas minas, porque me tenían un espía, un tal Manuel Paniagua, en el Bebedero, con el fin de que vigilase los caminos que tomara."*⁷

La semi-clandestinidad en que se movían los Guardia se justificaba por el aparato de espionaje del Gobierno, de cuyo funcionamiento existe evidencia todavía en la víspera del golpe; en efecto, Víctor afirma que

"mi hermano Tomás hallábase muy vigilado por el Gobernador de Alajuela, don Salvador Lara, tanto que al día siguiente del golpe, al tomar posesión del Palacio de Gobierno, estaba un telegrama del señor Lara en el que se decía que el espía que allí se le tenía, había dado cuenta de que mi hermano, a las nueve de la noche, lo había encontrado un tanto enfermo. Pero él salió por

los solares, salvando tapias y llegó a la una de la mañana a la Sabana, en donde se reunió con nosotros.”⁸

El fracaso en evitar el asalto del 27 de abril de 1870 opaca sin duda el éxito que tuvo el Gobierno en conjurar tentativas golpistas anteriores, como las jefeadas por Blanco en febrero de 1869 y Salazar en abril de ese año.⁹ La delación de una asonada, en el último tercio del siglo XIX, ya no dependía exclusivamente de la traición individual, salida de entre las filas de los conspiradores;¹⁰ para esta época, existía ya un personal especializado en el espionaje de los adversarios políticos y la nueva tecnología disponible en el país, como el telégrafo, también se utilizaba para tal propósito.

Incertidumbre, riesgo calculado y oligarquía

La escasa importancia que Obregón Loría le asigna al entramado de control y vigilancia del Gobierno va a la par del énfasis que pone en la voluntad de la oligarquía; en sus propias palabras, “el grupo oligárquico tradicional, encabezado por los... Montealegre, decidió la caída de Jiménez...”¹¹ El autor, al sugerir que un acuerdo así era casi un fallo inapelable, evita explorar el vínculo entre los golpistas y los oligarcas y la participación concreta de los últimos en el golpe. Víctor Guardia sí se preocupó por eso: al fracasar el intento de marzo, durante el camino de vuelta a Guanacaste,

“...íbamos convencidos [Tomás y él] de que [el desmantelamiento del Cuartel de Artillería] era una simple invención...porque habían sentido miedo de que fracasara la revolución, a pesar de que ninguno de ellos iba a exponer su vida (...Montealegres, Carazos, Carranzas...)”¹²

El desprecio para con la oligarquía que se vislumbra en la frase de Víctor Guardia es una queja por la distribución desigual del riesgo entre los golpistas y los oligarcas. La oligarquía participaba en el golpe calculadoramente: en tanto gestora del cuartelazo, permanecería ajena al combate; y en caso de que el plan para derrocar a Jiménez fracasara, su compromiso sería ínfimo, por lo que no se vería demasiado afectada ulteriormente. El esfuerzo oligárquico por minimizar eventuales pérdidas y la incertidumbre en que se movían los involucrados directos en la asonada, desaparecen en el texto de Obregón Loría. El caso siguiente es un perfecto ejemplo; al decir del autor,

“poco después [de tomado el Cuartel de Artillería] comenzaron a llegar...grupos de personas que con anterioridad se habían escondido en distintas casas...[y] Buenaventura Carazo [quien] ...se encontraba a caballo a una cuadra del lugar de los acontecimientos, debía llevar la noticia [para capturar al Presidente Jiménez]. Pero resultó que...[el Presidente] salió de su casa antes de que el señor Carazo llegase con la noticia razón por la cual fue capturado en la calle...”¹³

La demora de los que se escondieron en casas vecinas y la aparente falta de coordinación en el arresto de Jiménez, se visualizan de forma distinta en la descripción de Víctor Guardia; una vez tomado el cuartel,

“...envié al Capitán Concepción Quesada, al Capitán Solano y a Egidio Durán con tres guerrillas a sitiar el Cuartel Principal, con los mismos soldados del Gobierno porque las gentes que

debieron haber llegado en nuestro auxilio, tardaban demasiado...Antes de esto...mandé al Teniente Federico Velarde con ocho soldados de los que se habían rendido en la Artillería a proteger la captura del señor Presidente Jiménez, a quien encontraron ya de camino en un coche...El Licenciado Fernández (León) lo dejó salir sin capturarlo [tarea que se le había asignado], porque ignoraba si se había tomado el Cuartel, pues don Ventura Carazo no se presentó a hacerle la señal convenida.”¹⁴

La cautela de la oligarquía en todo el proceso se evidencia desde el inicio: aunque Víctor y Tomás Guardia creían que el desmantelamiento del Cuartel de Artillería era un invento, bastó ese rumor -otra eventual arma del Gobierno- para abortar el golpe a fines de marzo de 1870. La tardanza de las fuerzas escondidas en viviendas cercanas, en cuyas filas figuraban varios apellidos conspicuos, fue lo suficientemente alarmante para obligar a los insurrectos a valerse de la propia tropa gobiernista, acabada de rendir. El aviso de Carazo a Fernández jamás llegó; pero el último no se atrevió a capturar a Jiménez, y el primero, ya a caballo, se facilitaba una eventual fuga.

El golpe, en su diseño y ejecución, favorecía por entero a los oligarcas: de acuerdo con el plan, lo clave era tomar el Cuartel de Artillería para apoderarse del armamento allí depositado, en especial de los cañones; de colapsar el ataque, los escondidos no saldrían y se descartaría la captura del Presidente. El grupo que iba en la carretas y sus acompañantes de a pie se lo jugaban todo; en contraste, la oligarquía se garantizaba un oportuno repliegue. La cautela con que actuó quizá fue extrema, ya que puso en peligro lo planeado; pero cuando el triunfo ya fue claro, se apresuró a firmar actas y a felicitarse.

El sustantivo “oligarcas” se usa aquí descriptivamente, con el único fin de distinguir a los que atacaron el Cuartel de Artillería de los gestores civiles del golpe. El término “oligarquía”, en la obra de Obregón Loría, designa a todo un grupo social, cuya cabeza visible era la familia Montealegre. Víctor Guardia, en cambio, fue más preciso al identificar a los promotores de la asonada; en sus *Memorias*, acota que

“las personas principales de la capital, que no simpatizaban con el gobierno del señor Jiménez a causa de sus arbitrariedades, se entendieron con mi hermano el Coronel don Tomás Guardia, para hacer la Revolución...”¹⁵

La identificación de Guardia es interesante: el descontento contra Jiménez prevalecía entre algunas -no todas, necesariamente- de las familias principales de San José, no las de provincia. La imagen que se desprende de las *Memorias* es que el golpe fue promovido por una alianza de base familiar, la cual resentía la conjugación de los verbos encarcelar, confinar y desterrar en varios de sus parientes; el afán del Gobierno por construir una carretera a Limón, en perjuicio de la vía que iba a Puntarenas; las presiones a diputados opositores en el Congreso y las limitaciones a la prensa.

La conspiración capitalizó para su causa el apoyo de militares molestos por el retiro forzado de los generales Blanco y Salazar, la purga de oficiales que siguió a la caída de tales jefes y el desplazamiento, por lo menos en el Cuartel Cívico, de oficialidad josefina por cartaginesa. Lo último sugiere que, pese a la centralización del poder y el fin de la lucha por la capitalidad, el localismo todavía pervivía en 1870. La búsqueda de una salida al Atlántico lo ejemplifica; para Víctor Guardia, tal empresa beneficiaría “...a sus coterráneos de Cartago [los de Jiménez, ya que habilitaría]...los terrenos de

Turrialba y de toda esa zona.”¹⁶ La nación costarricense, en tanto comunidad anónima, aguardaba su invención; espera que concluiría a partir de 1885.¹⁷

Ataque sorpresa, resistencia, bajas selectivas y protagonismo

El factor decisivo en la toma del Cuartel de Artillería fue, de acuerdo con Obregón Loría, la sorpresa:

“...fue tan grande que los soldados se dejaron desarmar fácilmente. En los dormitorios fueron capturados la mayor parte de los oficiales, quienes se encontraban durmiendo, pues habían pasado en vela la noche anterior en espera de la revolución que ya les había sido anunciada...Defendiendo el cuartel murieron su comandante el coronel Alejo Biscoubi, y dos oficiales más (el de guardia y el de retén), y fueron heridos algunos soldados.”¹⁸

El testimonio de Víctor Guardia es parecido: tras arrojar la compuerta de la carretera en cuyo cajón venía escondido, penetró en el cuartel, seguido de sus compañeros, y

“...atacamos la guardia. Tal fué el espanto que los soldados se pusieron en pie y luego cayeron sobre sus bancos. Con el puño de mi revólver golpeando las cabezas, me bastó para desarmar unos cuantos hombres...en poco más de un minuto la guardia quedó desarmada...El... Coronel Biscouby, que había almorzado allí mismo porque esperaba de un momento a otro el movimiento, salía en ese instante de los lugares excusados y gritó a la tropa al mismo tiempo que disparaba su revólver. Uno de los nuestros...tiró sobre él y le dejó tendido con una bala en la frente. El oficial de Guardia y el retén fueron muertos porque daban voces de aliento para animar a sus soldados para que resistieran a los asaltantes.”¹⁹

La crónica publicada en *El Debate*, sin embargo, ofrece una versión algo diferente. El periódico afirma que los hombres salidos de las carretas

“...entran disputándose la entrada, i se batan bravamente con la guardia que, á la parte interior del cuartel, estaba rifle en mano y acompañada del... Coronel Biscoubi i de varios oficiales de menor graduación...Fué entonces que tuvo lugar una escena terrible...Tan pronto como caen mortalmente heridos [Biscoubi y los dos oficiales]...i se dispersan heridos varios soldados, la guardia deja de resistir, el pánico se apodera de la tropa que en número de cuarenta a cincuenta ocupaban el patio del cuartel...”²⁰

Lo primero que vale destacar es cuán sorprendente fue el ataque. El Gobierno, en virtud del espionaje practicado, esperaba el asalto desde el día anterior y, de atender lo dicho por Víctor Guardia, el coronel Biscoubi creía que la insurrección podía ocurrir en cualquier instante. Lo inesperado del golpe quizá estribó en que se efectuó a plena luz del día, tras una extenuante vigilia; pero es difícil de creer que el grueso de la oficialidad, si efectivamente dormía a las 9:40 de la mañana, no se despertara con los primeros tiros, un ruido -dadas las circunstancias- en extremo alarmante.²¹

El cuadro de los eventos asociados con el asalto del Cuartel varía una vez que se considera la crónica de *El Debate*. La imagen de Biscoubi y varios oficiales con 40 o 50 soldados, “rifle en mano”, no transluce sorpresa, sino decisión en la defensa de la

plaza; en la versión periodística, el factor crucial en la derrota de las fuerzas del Gobierno es la temprana muerte de los jefes, tras de la cual la tropa cae presa del pánico. Obregón Loría no se detiene a considerar esos óbitos. Víctor Guardia sí, y los presenta como inevitables y necesarios, en el contexto de enfrentamiento vertiginoso.

¿Por qué en el combate que siguió al ingreso de los insurrectos perecieron únicamente Biscoubi y dos oficiales y no fallecieron soldados, pese a que eran la mayoría? La explicación que se podría avanzar de esta selectiva victimización es que la misma no fue obra del azar: puesto que el Gobierno esperaba un golpe, Guardia y compañía sabían que el factor sorpresa no estaría enteramente de su parte; por lo tanto, su énfasis fue descabezar a la tropa, una tarea que quizá se encargó a los conjurados de mejor puntería. La oficialidad "durmiente" tal vez no dormía, pero al ver lo que pasaba, optó por rendirse para no arriesgarse a una muy probable muerte.

El papel protagónico, en el relato de Obregón Loría, se le asigna a Tomás Guardia; en la crónica de *El Debate*, no se destaca una figura central en el asalto; pero en las *Memorias*, Guardia sí estelariza su participación. Tomás fue el jefe de la insurrección y el que la planeó; sin embargo, mientras su hermano iba en la segunda carreta, Víctor encabezaba la primera, con el grupo que inició el ataque. Fue él quien se encargó de desarmar a los soldados, el que después ordenó sitiar el Cuartel Principal y el que envió al teniente Velarde con ocho soldados a proteger la captura del Presidente Jiménez.

El protagonismo que se confiere Guardia es a la vez comprensible y sospechoso, dado el carácter personal del documento; por lo tanto, es verosímil que Obregón Loría desconfiara de las *Memorias*, enfocara toda su luz sobre Tomás y dejara a su hermano en lo oscuro. Lo irónico del asunto es que, aunque lo descrito por Víctor fuera cierto, su papel jamás podría ser estelar. El tipo de historia practicado en *Hechos militares y políticos* exigía que el protagonismo fuera concentrado por el individuo que, en agosto de 1870, se convertiría en Presidente de Costa Rica.

Plebe

La participación popular en el golpe del 27 de abril de 1870 se detecta con bastante esfuerzo. Obregón Loría, en el prólogo de su obra, advierte ya que

*"...de los incidentes militares que enumeramos aquí, muy pocas veces el pueblo participó, y de ellos fueron autores en la mayor parte de las veces, unos pocos individuos o un sector realmente reducido."*²²

Las únicas figuras de extracción popular que Obregón Loría cita en su versión del golpe son los carreteros, Tomás Porras y Joaquín Rayo. El segundo, encargado de gritar el "¡Hesa!" con que se iniciaría el ataque, era el criado de Víctor Guardia, en cuyas *Memorias* sí se destaca el papel jugado por sirvientes, mozos y propios. La función de estos individuos era variable e iba de acompañar a sus patronos en viajes subrepticios a servir de correos privados (en tal caso, su analfabetismo era ventajoso) y a colaborar en tareas de apoyo para cuartelazos, como cubrir carretas con guate.²³

El trabajo formalmente asalariado, en la finca o en la casa de personajes como los Guardia, fácilmente abría vías para otro tipo de lealtades, de índole entre clientelista y paternalista.²⁴ El comportamiento de la tropa sugiere un trasfondo de este tipo.

¿Por qué, después de rendirse, se puso a las órdenes de los insurrectos? El verdadero combate en la toma del Cuartel de Artillería fue entre la oficialidad, la defensora que fue destruida y la asaltante (de las 12 personas ocultas en las carretas, 11 tenían grados de subteniente para arriba). El tiroteo pudo ser intenso, varios soldados y un golpista fueron heridos, pero el fuego no dejó un solo muerto.

El desvelo por no matar soldados, excepto que fuera preciso y las *casuales* bajas de Biscoubi y los dos oficiales (¿cartagineses?), tenían un mismo propósito: que la guardia se pusiera a las órdenes de la oficialidad asaltante, lo que ocurrió. El esfuerzo de los insurrectos por evitar una masacre, sin embargo, se podría explicar por otro factor adicional: no desatar la ira popular, siempre temible, ya fuera que el plan colapsara o tuviera éxito. El deferente fuego de los golpistas fue correspondido por la mala puntería de la tropa, la cual quizá no se atrevió a tirar a matar sobre sus superiores militares y sociales, y obedeció con poco entusiasmo a su Comandante extranjero.

El particular interés de los insurrectos por la tropa se evidencia en la actitud de Tomás Guardia; en palabras de *El Debate*, tras cesar el tiroteo en el Cuartel de Artillería, el líder del golpe

*"...dispuso auxiliar inmediatamente á los heridos."*²⁵

El Debate ofrece la única descripción de cierta celebración popular a raíz del golpe del 27 de abril. De acuerdo con el periódico, la noticia de la toma del Cuartel de Artillería, provocó en el centro de Heredia enorme agitación y el inmediato desconocimiento del Gobierno de Jiménez:

*"...fue tal el entusiasmo i la simultaneidad del movimiento revolucionario que ante aquella poderosa manifestación de la opinión pública nadie podía presentar resistencia. Los que se hallaban en sus tiendas i almacenes, los vivanderos que se encontraban a la sazón en el mercado, todos abandonaron sus ocupaciones i se apresuraron á prestar sus servicios a la causa de la insurrección..."*²⁶

La crónica periodística no informa de eventos parecidos en Alajuela o en otro lugar del país; sin embargo, lo ocurrido en Heredia según *El Debate*, dista de la descripción de Obregón Loría, en cuya obra se afirma que el cuartel de dicha ciudad "...se entregó como resultado de las gestiones realizadas por don Joaquín Lizano, don Matías Sáenz Arias y don Joaquín Gutiérrez."²⁷ La existencia de una negociación entre líderes y autoridades locales, que culminó en la rendición de la plaza militar, no se cuestiona; pero fue en un contexto de amplia efervescencia popular que se verificó tal proceso.

Juego sucio, negociación y mediación diplomática

La dinámica política y militar, en la Costa Rica del siglo XIX, tenía sin duda su perfil sórdido: la conspiración, la clandestinidad en que a veces se movía la oposición, el espionaje de los adversarios del Gobierno y su eventual detención, confinamiento y destierro, y la victimización selectiva durante los golpes. La competencia por alcanzar o asegurar el poder se efectuaba al margen de la ley: en tal marco, todo se valía, de la toma de rehenes a las venganzas personales. Víctor Guardia cuenta que, en la tarde del 27 de abril, Jesús Jiménez quedó arrestado sin escolta en la casa del doctor Espinach,

“más tarde llegó don Lorenzo Castro, que estaba ofendido con él porque había confinado a Liberia a su hermano Ramón Castro, quien había muerto aquí de una fiebre. Trató de atacar personalmente al señor Jiménez y por este motivo se le puso una guardia que hiciese respetar su persona.”²⁸

El óbito de Castro, derivado del destierro a que se le condenó, devela cómo un expediente usual en la dinámica política de la época podía terminar en una tragedia. Esta muerte dejó una profunda impresión en los vecinos principales de San José y no únicamente en la familia del difunto. Rafael Carranza Pinto, confinado a la villa de San Ramón por el Gobierno, destaca en unas *Memorias* escritas en 1878 que

“...Jiménez... desterró a Liberia, Guanacaste, a Don Ramón Castro Araya, hermano de don José y Lorenzo Castro Araya; en Liberia murió, en cuya muerte la madre Doña Yanuaria Blanco y sus hijas Sara y Sinforosa Castro Araya, fueron a hacerle cargos al Lic. don Jesús Jiménez; quien las desterró a Alajuela a donde vinieron desde San José a pie, sin consideración, la madre era una anciana de más de 60 años.”²⁹

La captura de rehenes, otra vía que podía conducir a eventuales desgracias personales, se vincula estrechamente con el asunto de la negociación, presente en vísperas, durante y después de la ejecución de un cuartelazo. Los Guardia, quienes venían a pie desde Guanacaste, fueron devueltos con la excusa de que el Gobierno conocía el plan y preparaba una trampa; molestos por el aborto del golpe en marzo de 1870, Víctor y Tomás creían que todo era ficticio. ¿Pasó por sus cabezas la sospecha de que la cancelación obedecía a negociaciones ocultas, de última hora, entre la oligarquía y Jiménez?

La entrega de los cuarteles de Alajuela, Heredia, Cartago y el Principal de San José fue producto de procesos de negociación, con o sin agitación popular de contexto; pero en los casos josefino y cartaginés, la rendición se apoyó en la búsqueda y captura de rehenes, un aspecto en el cual rara vez se enfatiza. Obregón Loría asevera que Tomás Guardia dio un plazo de veinte minutos para deponer las armas. “Inmediatamente fue izada la bandera blanca y el cuartel [Principal] se entregó.”³⁰ *El Debate*, en contraste, advierte que

“...el señor Agapito Jimenez [hermano del Presidente, Secretario de Estado y Primer Designado]...voló a este cuartel [el Principal]; la tropa que en él había bajo la emoción de la sorpresa se disponía a la defensa, i una guerrilla al mando del oficial señor Jose Valverde, a pocas cuadras de dicho cuartel, procuraba capturar por orden del señor A. Jimenez a algunas de las personas principales de la ciudad, en efecto fue aprehendido el señor Jerardo Montealegre”.³¹

El propósito de este plan era capturar a figuras ilustres, vinculadas con las familias promotoras del cuartelazo, para negociar en mejores condiciones con los golpistas, en cuyo poder se encontraba ya Jesús Jiménez. El expediente a que apeló Agapito, indicador de su desesperación, evidencia a la vez cómo, aunque no participaran directamente en el combate, los vecinos principales de San José podían ser arrastrados por la dinámica propia de las aventuras bélicas. Valverde, sin embargo, tuvo poco éxito, lo cual confirma la previsión y cautela con que se condujo la oligarquía durante el golpe.

La captura de Montealegre fue insuficiente, ya que poco después el Cuartel Principal se entregó; pero antes de lo último, se cruzó fuego entre los defensores de la plaza y los insurrectos y se verificó cierta negociación. *El Debate* acota que, tras izarse la bandera blanca,

*"...un parlamento arregló los términos en que se hizo [la rendición], i que están reducidos a esta estipulación: respetar la vida y dar todas las seguridades personales a los rendidos. La rendición se efectuó."*³²

El empleo de rehenes no era un expediente excepcional. El Comandante del Cuartel Principal, Santiago Millet, se trasladó a Cartago, y junto con el jefe militar de esa ciudad, reunió una fuerza de unos 500 efectivos, con el propósito de recuperar los cuarteles josefinos. Jesús Jiménez, quien al parecer medió en la rendición de su hermano Agapito, intervino de nuevo: por su iniciativa y para evitar el enfrentamiento, se formó una comisión de tres individuos para negociar un acuerdo con las fuerzas cartaginesas. Pero

*"...estos comisionados fueron mal recibidos por estos jefes [Millet y Sáenz] i se les hizo pasar á Cartago donde fueron reducidos á prisión, violando así la inmunidad del parlamentario..."*³³

La respuesta de Guardia fue reforzar sus filas, compuestas por unos 350 efectivos, estacionados cerca de Curridabat, al mando de Próspero Fernández, y les ordenó avanzar hacia el este en la madrugada del 28 de abril. Esta disposición no impidió que se autorizara a otra comisión, integrada por tres individuos emparentados con los jefes militares de Cartago, a trasladarse a dicha ciudad. El factor decisivo en la negociación posterior fue, en términos de *El Debate*,

*"...la intervención humanitaria de los señores, ex-honorable Ministro americano i Cónsules de España, del Imperio francés i de Inglaterra, [la cual] dió lugar á nuevas i más eficaces diligencias á favor de la paz..."*³⁴

Víctor Guardia cita velozmente este proceso de negociación y Obregón Loría, en la edición de 1951 de su obra, se limitó a decir que "afortunadamente, por intervención del Cuerpo diplomático y de algunas personas notables...[Millet y Sáenz] entregaron la plaza".³⁵ El autor, en la versión última de *Hechos militares y políticos*, sí describe con más detalle las negociaciones, aunque no enfatiza en el papel jugado por los foráneos. Esta gestión se presenta como una entre otras, en contraste con lo que se afirma al final, que fueron los cónsules, en representación del gobierno provisorio, los que otorgaron

*"...amplias garantías al ex-presidente Jiménez, a su hermano don Agapito, a los señores Sáenz y Millet y a los militares subalternos... [y los que se comprometieron] a cubrir los gastos que había demandado la movilización cartaginesa..."*³⁶

¿Fue esta la primera vez que el cuerpo diplomático intervino crucialmente en el juego político de Costa Rica? La evidencia disponible no permite afirmarlo con certeza, dado que todavía no se conoce con detalle la urdimbre de traiciones y compromisos,

alianzas y negociaciones, que constituye el trasfondo de las pugnas por el poder después de 1821. El desvelo de los cónsules por evitar una eventual guerra civil quizá se explica por su filantropía, lo que no excluye su interés de proteger a la importante e influyente colonia de extranjeros, principalmente vecina de San José; en cualquier caso, el éxito de la gestión consular patentizó que para abril de 1870, otros actores, en calidad de *guest stars*, subían ya al escenario político costarricense.

Epílogo

El golpe del 27 de abril de 1870, visto desde dos de sus fuentes básicas, las *Memorias* de Víctor Guardia y la descripción de *El Debate*, se diferencia en varios aspectos del relato de Obregón Loría. Las crónicas y cronologías, como las que constan en *Hechos militares y políticos* y en otras obras parecidas, son muy útiles; pero es obvio que sus autores, al construir los relatos, aplicaron diversos criterios de selección, omisión y énfasis. El desvelo que los impulsaba los condujo a veces a cruzar el umbral de la historia y a cazar furtivamente en los vedados cotos de la ficción; infracción curiosa, pues las mejores piezas abundan en el otro lado de la cerca.

Notas

1. Obregón Loría, Rafael, *Hechos militares y políticos* (Alajuela, Museo Histórico-Cultural Juan Santamaría, 1981), p. 159. La primera edición de esta obra data de 1951, cuando fue publicada por "La Nación" bajo el título de *Conflictos militares y políticos de Costa Rica*. La versión original de este artículo se presentó en las "Jornadas de Investigación" del Centro de Investigaciones Históricas, realizadas en la Universidad de Costa Rica en julio de 1993. Agradezco los útiles comentarios y sugerencias de Arturo Taracena, Fabrice Lehoucq y Andrés Sáenz, y la colaboración de Paulina Malavassi, egresada de la Maestría Centroamericana en Historia.
2. Véase al respecto: Davis, Natalie Z., *Fiction in the archives. Pardon tales and their tellers in sixteenth-century France* (Stanford, Stanford University Press, 1987).
3. Academia de Geografía e Historia de Costa Rica, "Memorias del señor Víctor Guardia Gutiérrez, General de División del Ejército de Costa Rica". En: *Documentos históricos* (San José, Imprenta Nacional, 1990), pp. 167-215. Este documento permaneció inédito desde 1902, aunque existen varias copias del mismo, una de las cuales posee Obregón Loría, quien lo anotó. Carlos Meléndez obtuvo copia de la versión anotada en 1951, la cual publicó en 1990. Es imposible conocer cómo Brenes Mesén recogió los testimonios de Guardia, pero una lectura del texto sugiere que el ordenamiento cronológico y por capítulos es obra del poeta; a la vez, es factible que el entrevistado se valiera de materiales escritos (cartas, periódicos y otros) con el fin de precisar su biografía. El volumen citado de la Academia no indica quién fue el editor de los documentos que contiene, pero todo indica que lo fue el profesor Meléndez Chaverri. Obregón Loría sí citó las "Memorias" de Víctor Guardia en una versión más extensa de lo ocurrido el 27 de abril, publicada en 1970. Obregón Loría, Rafael, *De nuestra historia patria. El 27 de abril de 1870 y el Gobierno de los 105 días* (San José, Universidad de Costa Rica, 1970), pp. 1-29 y 95. Agradezco esta referencia a la profesora Yamileth González.

4. La versión que poseo fue reimpresa por la *Gaceta de Nicaragua* el 21 de mayo de 1870, pp. 85-86. Agradezco a Jeff Gould que me prestara el microfilm correspondiente. Otros documentos reimpresos por la *Gaceta* y alusivos al golpe son fieles a sus originales existentes en Costa Rica. *El Debate* se publicó en San José entre 1869 y 1870. Véase: Blen, Adolfo, *Historia del periodismo* (San José, Editorial Costa Rica, 1983), p. 188.
5. Obregón Loría, op. cit., 1981, p. 159. Los que prepararon las armas quizá no fueron los mismos que cubrieron las carretas con zacate; en *El Debate*, se indica que se empleó zacate o forraje, y Víctor Guardia afirma que fue guate. *Gaceta de Nicaragua*. Managua, 21 de mayo de 1870, p. 86. Guardia, art. cit., 1990, p. 196. Al igual que la anterior, hay otras discrepancias entre el relato de Obregón Loría, las *Memorias* de Guardia y la crónica de *El Debate*.
6. Guardia, art. cit., 1990, p. 195.
7. Ibid., p. 196.
8. Loc. cit.
9. Obregón Loría, op. cit., 1981, pp. 152-158. Los intentos de Blanco y Salazar no fueron los únicos: por lo menos, hubo otros dos, uno en mayo de 1869 y otro a principios de 1870 (no el de marzo).
10. Ibid., p. 133. Manuel Argüello acusa a un Judas josefino de traicionar el movimiento en favor de Juan Rafael Mora.
11. Ibid., p. 159. La afirmación de Obregón Loría subvalora la resistencia del Gobierno de Jiménez, el cual, tras alterar la dinámica política prevaleciente al forzar el retiro de los generales Blanco y Salazar, enfrentó con éxito diversos intentos golpistas desde febrero de 1869. Ibid., pp. 152-158.
12. Guardia, art. cit., 1990, p. 195. Todo paréntesis así [] es mío.
13. Obregón Loría, op. cit., 1981, p. 160.
14. Guardia, art. cit., 1990, pp. 197-198.
15. Ibid., p. 195.
16. Ibid., p. 194.
17. Palmer, Steven, "Sociedad anónima, cultura oficial: inventando la Nación en Costa Rica, 1848-1900". En: Molina, Iván y Palmer, Steven, *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)* (San José, Editorial Porvenir y Plumsock Mesoamerican Studies, 1992), pp. 169-205.
18. Obregón Loría, op. cit., p. 160.
19. Guardia, op. cit., 1990, p. 197.
20. *Gaceta de Nicaragua*, p. 86.

21. Obregón Loría, op. cit., 1981, pp. 159-160. El autor afirma que los soldados francos también dormían.
22. Ibid., p. 12.
23. Guardia, art. cit., 1990, pp. 195-196.
24. Para una discusión del concepto de paternalismo, véase: Thompson, E. P., *Customs in common. Studies in traditional popular culture* (New York, The New Press, 1991), pp. 16-96. Acerca del clientelismo, véase: Kettering, Sharon, "The historical development of polical clientelism". *Journal of Interdisciplinary History*. XVIII: 3 (Winter, 1988), pp. 419-447.
25. *Gaceta de Nicaragua*, p. 86.
26. Loc. cit.
27. Obregón Loría, op. cit., 1981, p. 161.
28. Guardia, art. cit., 1990, p. 198. Obregón Loría citó este episodio en la versión de 1970 (al agresor sólo lo identificó como L. C. A.), pero lo eliminó en la de 1981. Obregón Loría, op. cit., 1970, pp. 26-27; ídem, op. cit., 1981, p. 161.
29. Carranza Pinto, Antonio, "Apuntes y memorias del decano del periodismo costarricense". En: *Academia de Geografía e Historia*, op. cit., 1990, p. 156. El viaje a pie de San José a Guanacaste de la madre y la hermana de Castro parece una exageración, otro expediente utilizado por los adversarios del Gobierno para desacreditarlo y justificar su eventual caída.
30. Obregón Loría, op. cit., 1981, p. 161.
31. *Gaceta de Nicaragua*, p. 86. El rehén era hijo del ex-Presidente de la República José María Montealegre. Obregón Loría citó la captura en la versión de 1970, y la eliminó en la de 1981. Obregón Loría, op. cit., 1970, p. 13; ídem, op. cit., 1981, p. 161.
32. Loc. cit.
33. Loc. cit.
34. Loc. cit.
35. Obregón Loría, op. cit., 1951, p. 54.
36. Obregón Loría, op. cit., 1981, p. 162. Para un estudio de la época de Guardia, véase: Cotton, D. Lilliam, *Costa Rica and the era of Tomas Guardia. 1870-1882* (s.l., s.f.); Cover Jiménez, Edgar, *Esbozo histórico de la obra de gobierno de Don Tomás Guardia* (San José, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1982); Chavarría Arroyo, Dunia, *Segunda dictadura de don Tomás Guardia* (San José, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1982).

Anexo

El golpe de Guardia según el periódico *El Debate*, de San José

COSTA RICA

(Copiado textualmente de "El Debate" de San José.)

"La revolución del 17 de abril"

El día 27 de abril, á las nueve i cuarenta minutos de la mañana, estalló una insurrección en esta capital, acaudillada por el Coronel don Tomas Guardia.

Antes de entrar á hacer la descripción de las escenas de este dia, haremos una explicacion necesaria para nuestros abonados del exterior.

En esta capital hai dos cuarteles: el del principal, en la plaza de la Catedral, i el del artillería á trescientas sesenta varas i al occidente de aquel; ademas hácia el norte de la poblacion se halla la habitacion de la fuerza de policía que se nombra el cuartel de serenos.

Toda la ciudad estaba entregada á sus ocupaciones ordinarias, cuando dos carretas tiradas por bueyes i aparentemente cargadas de zacate ó forraje, se presentaban delante de la puerta del cuartel á tiempo que este se abria para dar entrada á un caballo que era conducido á su cuadra en dicho cuartel; diez personas de á pié venian repartidas por las aceras de la calle acompañando aquel artificioso convoi.

En los precisos momentos que la puerta del cuartel se abria y pasaba e espresado caballo, se dió principio á la ejecucion de aquel intrépido i premeditado golpe; uno de los agresores colocó inmediateamente una cuña de madera debajo de la puerta que era tomada; otro se apoderó del centinela i sin herirlo le despojó del arma i pertrechos i otros entraron siguiendo detras del caballo, al que se le franqueaba el paso, en los momentos que de los carros de zacate saltan simultaneamente trece hombres armados de revolver i cuchilla, i se lanzan á la pelea como el rayo de Marte; entran disputándose la entrada i se baten bravamente con la guardia que, á la parte interior del cuartel, estaba rifle en mano i acompañada del Comandante Coronel A. Bisconbi i de otros oficiales de menor graduacion.

Fué entonces que tuvo lugar una escena terrible, en la que resultaron el denuedo i bizurria de los asaltadores, i la pundonorosa i honorable defenza que en sus puestos hicieron hasta rendir la vida, el Coronel Bisconbi, dos oficiales mas, i algunos soldados de la guardia que fueron heridos.

La embestida de aquel grupo de arrojados fué irresistible, la lucha breve, empeñada i decisiva. Tan pronto como caen mortalmente heridos el Coronel Bisconbi, el Comandante de la guardia i otro oficial, i se dispersan heridos varios soldados, la guardia deja de resistir; el pánico se apodera de la tropa que en número de cuarenta á cincuenta ocupaban el patio del cuartel donde se hallaban cinco cañones, dos de ellos listos para disparar; pero aquella tropa sin jefes i asombrada, llena de estupefaccion, no era dueña de si misma, i solo vino á salir de aquel estado de estupor, para rendirse á la voz poderosa i májica del hombre transformado en héroe. En unos minutos quedan, pues, los revolucionarios dominando el cuartel de artillería.

He aquí los nombres de los denonados ciudadanos que sin un momento de vacilacion, sin palidecer sus rostros, sin destemplarse la energía de aquellas almas á la vista del peligro, ejecutaron una accion distinguidísima de valor. Sres., Don Tomas Guardia - Víctor Guardia - Pedro Quiroz - Pablo Quiroz - Próspero Fernández - Joaquin Rojas - Ejidio Duran - Concepcion Quezada - Federico Velarde - Macedonio Padilla - Cárlos Velarde - Raimundo Jimenez - Eliseo Quiroz -Francisco Cordero - Romualdo Segura - Licímaco Gallegos -Horacio Carranza - Fadrique Gutierrez - Guillermo Solórzano - Teodulo Loaiza - Mercedes Gutierrez - José Quiroz Flores - Víctor Alfaro - Nicolas García.

Tomas Porras} Los conductores de los bueyes

Joaquin Rayo}

Tan luego como cesó la resistencia, el Coronel señor Tomas Guardia, dió òrden para que se suspendieran allí las hostilidades, procedió á organizar militarmente los grupos de hombres que se presentaban, i dispuso auxiliar inmediatamente á los heridos.

Posesionados los revolucionarios del cuartel de artillería, sin perder tiempo abrieron operaciones militares sobre el cuartel principal, ocupado por fuerzas del Gobierno: unas guerrillas de infantería salieron áhostilizar á aquel cuartel, i tres piezas de artillería de á nueve tomaban posiciones convenientes para batir la tropa que defendia el Principal.

A este mismo tiempo se ejecutaba la captura del Presidente señor Lcdo. Jesus Jimenez: este parece que fué advertido del movimiento i salió apresuradamente de su casa, cuando una partida de ciudadanos, que iban en su busca, lo aprehendieron i lo hicieron ocupar su lugar en el coche que al efecto se tenia destinado, i en él fué conducido al cuartel de artillería, centro de la accion revolucionaria.

Ni en el camino, ni al atravesar este caracterizado prisionero los pelotones de insurrectos sufrio el menor ultraje, ni una palabra descompuesta.

El jefe de la insurreccion recibió en la puerta de la artilleria al ex-Presidente, le dió el brazo i lo condujo áuna pieza interior adecuada al objeto; el tratamiento fué caballeroso i aquel jefe, en medio del ardor de la situacion, ofreció al señor Jimenez seguridades personales, rindiérase ó no el cuartel principal.

Ya colocado en un lugar conveniente i sin prisiones, él llegó á sentir el golpe omnipotente de la revolucion i la accion inteligente que la dirijía, i bajo de la influencia de lo que presenciaba se decidió á impedir, por su parte i obrando sobre sus partidarios, el derramamiento de sangre costaricense en una contienda doméstica, que ya no podía tener otro resultado que el triunfo de los que atacaban al gobierno ya espirante.

Es sensible tener que lamentar en la captura del señor Presidente, Lcdo. señor Jimenez, las heridas que recibieron los señores Cárlos Moya i Francisco Oreamuno, que en los momentos de acalorada é irreflexiva accion fueron heridos por considerarseles decididos acometedores respecto al acto que se ejecutaba.

Veamos lo que pasaba en el principal. A la esplosion revolucionaria, el señor Agapito Jimenez, Secretario de Estado i primer designado para ejercer el P. E. voló á este cuartel; la tropa que en él habia bajo la emocion de la sorpresa se disponia á la defensa, i una guerrilla al mando del oficial señor José Valverde, á pocas cuadras de dicho cuartel, procuraba capturar por órden del señor A. Jimenez á algunas de las personas principales de la ciudad, en efecto, fué aprehendido el señor Jerardo Montealegre.

Pero ya las guerrillas de los insurrectos estrechaban el principal, los cañones se aprestaban á funcionar, los fuegos de fusileria se cruzaban aunque no con viveza, i el jefe de la insurreccion habia intimado la rendicion dentro de 20 minutos. Esta situacion, reagravada por las circunstancias de no concurrir á aquel cuartel hombres dispuestos á defender el único atrincheramiento de las fuerzas gobiernistas de la capital, determinó á rendirse á aquellos pocos defensores del Presidente señor Jimenez; i en efecto, una bandera blanca á media hasta indicó la rendicion, i un parlamento arregló los términos en que se hizo, i que estan reducidos á esta estipulacion: respetar la vida i dar todas las seguridades personales á los rendidos. La rendicion se efectuó.

En hora i media la revolucion dominaba ya toda la capital.

Apenas llegó la noticia de la revolucion á la ciudad de Heredia, cuando se verificó el pronunciamiento desconociendo el gobierno del Lcdo. señor Jimenez; en la ejecucion de este hecho no hubo que lamentar ninguna desgracia; pues fué tal el entusiasmo i la simultaneidad del movimiento revolucionario que ante de aquella poderosa manifestacion de la opinion pública nadie podia presentar resistencia.

Los que se hallaban en sus tiendas i almacenes, los vivanderos que se encontraban á la sazón en el mercado, todos abandonaron sus ocupaciones i se apresuraron á prestar sus servicios á la causa de la insurreccion en aquellos criticos momentos; ninguno de ellos quiso recibir el prest del soldado en aquel dia consagrado, con todos los esfuerzos de los buénos ciudadanos, á la República democrática.

El Comandante del cuartel principal, teniente Coronel señor Santiago Millet, que se encontraba en su casa á tiempo que la revolucion estalló, no pudo ó no creyó conveniente penetrar á su cuartel, i siguió á todo escape para Cartago con el objeto de reunir tropas i restablecer el gobierno que habia sucumbido en esta capital.

En efecto, á sus esfuerzos i á los del Conandante de la plaza de Cartago, fueron organizadas las fuerzas que fué posible, i marcharon sobre esta ciudad en un numero que varía de trescientos á quinientos, según los distintos informes que hemos recojido.

A esta noticia el Coronel Guardia hizo situar en Buriogre, como á media legua de esta ciudad, una fuerza de trescientos soldados al mando del Teniente Coronel señor Próspero Fernandez, con instrucciones de defender aquella posicion hasta segunda orden i en este estado se mantuvieron las cosas mientras se procuraba, por varios ciudadanos, un arreglo entre los beligerantes, que evitara nueva efusion de sangre.

Con este propósito i por la iniciativa del mismo señor Licdo. Jimenez, se envió una comision de los señores, Juan R. Carazo, Luis Saenz i Napoleon Escalante cerca de los jefes señores Millet i Saenz: estos comisionados fueron mal recibidos por estos jefes i se les hizo pasar á Cartago donde fueron reducidos á prision, violando así la inmunidad del parlamentario.

Despues de haberse cruzado algunas proposiciones de arreglo no se llegó á ningun resultado favorable á la paz; entonces ya avanzada la noche se tomaron por el jefe del movimiento algunas disposiciones militares, i se dispuso que la fuerza de Buriogre i Curridabat, reforzada, seguiria al amanecer á batir al enemigo.

No obstante, la intervencion humanitaria de los señores, ex-honorable Ministro americano i Cónsules de España, del Imperio frances i de Inglaterra dió lugar á nuevas i mas eficaces diligencias à favor de la paz.

El Gobierno provisorio, fuerte por la opinion i por la decidida cooperacion del pueblo, tenia la seguridad de rendir por medio de las armas á los que resistian este movimiento, pero quiso lograr el mismo fin por medios racionales i pacíficos. En la

tarde del mismo día 27 había en los cuarteles más de mil hombres i continuaban presentándose con la más decidida voluntad. El entusiasmo era creciente. Heredia se disponía á enviar fuerzas, i Alajuela reconocía el nuevo orden político. Si los Jefes señores Millet i Saenz hubieran insistido locamente en comprometer una función de armas, habría sido este un esfuerzo inútil i deplorable para los hombres, ya que no defendían sino una causa desesperada.

A pesar de aquel alarde de la fuerza restauradora. Cartago tiene muchos i muy distinguidos sujetos que simpatizan con este movimiento i que desmienten la aseveración, que se pretende hacer valer, de que todo Cartago es desafecto á esta transformación política.

Por último, las fuerzas del Teniente Coronel Millet, en la noche del 27, contramarcharon: i ya en la ciudad de Cartago, los Jefes conferenciaron con los mediadores extranjeros, i al fin resolvieron rendirse, siempre que se aseguraran las garantías personales, precisamente otorgadas ya á los que se hallaban transitoriamente prisioneros.

Los Jefes de las fuerzas de Cartago, que eran los que mantenían la resistencia, una vez que cedieron, cesaron las dificultades para que todos se sometieran al Gobierno provisorio, encargando este, consiguientemente, el gobierno civil de aquella provincia al señor Coronel Pedro García i Comandante de la plaza al Sargento mayor José M^a Oreamuno.

Con estos actos, en menos de veinticuatro horas quedó la revolución triunfante en casi toda la República.

Fuente: *Gaceta de Nicaragua*. 21 de mayo de 1870, pp. 85-86.